



Gonzalo Serrano del Pozo,
Doctor en Historia
Facultad de Artes Liberales
Universidad Adolfo Ibáñez

“Debemos estar más alertas con los jóvenes. Mostrarles que más allá de las redes hay otros mundos, el real, donde estamos todos, y otros miles de espacios y personajes ficticios como los que podemos encontrar en los libros”.

Redes que encierran, libros que liberan

Durante gran parte de la semana, pensé que iba a dedicar esta columna a los sospechosos negocios de Karol Cariola con un empresario chino, a la insólita designación de Adriana Delpiano, de 78 años, en el cargo de ministra de Defensa o a las disputas políticas que se inician en la carrera parlamentaria para representar a nuestra región. Sin embargo, poco antes de que terminara la semana, la noticia del suicidio de una persona conocida de mi hija hizo que todos estos temas parecieran tan superfluos como poco relevantes.

Aunque los suicidios siempre han existido y ocurren por diversos factores, está comprobado que, de forma significativa, han aumentado en los adolescentes desde la aparición de las redes sociales. Aquellos que convivimos como padres y profesores con adolescentes sabemos que gran parte de su mundo gira en torno a esta virtualidad y el peso que tiene para ellos ser parte de él.

A modo de ejemplo, muchos adolescentes se piden pololeo y viven gran parte de su relación a través de Instagram. Subir una foto juntos es un símbolo social de un comienzo, mientras que la ruptura se sella con la desaparición de las imágenes del otro, bloqueo de cuentas o enviar indirectas a través de videos (reels) con canciones sugerentes.

Cuesta dimensionar esto cuando uno está afuera o lo ve como simple distracción, pero recuerdo haber vivido la experiencia en mi fugaz (y funesto) paso como director de Santiago Wanderers. El uso de Twitter como una herramienta para conectar con los socios e hinchas se terminó transformando en una pesada carga. A pesar de que trataba de mantener todo en un ambiente de respeto y tolerancia, la impunidad que dan las redes permite que se desaten en las personas los peores demonios. Sin los anclajes de la familia, amigos y el trabajo, en definitiva, el contacto con la vida real que uno quiere y valora, en-

tiendo que sea fácil dejarse llevar, creer que ese es el mundo y no ver más que oscuridad y desolación cuando las cosas andan mal.

Esta sensación de angustia por la que pasan muchos jóvenes me hizo recordar una charla de la escritora española Irene Vallejos en Puerto de Ideas hace un par de años. La autora del extraordinario libro *El Infinito en un junco* abrió su corazón para contar lo mal que la pasó en la escuela producto del acoso o bullying. Cuando ella creía que todo lo malo que le ocurría era por su culpa, descubrió en los libros un salvavidas, uno que la condujo a personajes y espacios con los que se sentía identificada. Si los libros la salvaron de esta horrible experiencia, luego fue la escritura el bálsamo que la ayudó mientras su hijo estuvo enfermo.

Y es que los libros, a diferencia de las redes sociales, son una ventana a otros mundos, a otros tiempos y a cientos de personajes a los que podemos conocer, amar y odiar, sin el acoso de las redes sociales ni el algoritmo que predetermina qué es lo que quieren que veamos.

Alguno podrá decir que la gran diferencia entre estos personajes literarios de los que vemos en Instagram o Tik Tok es que los primeros son ficticios. No obstante, tampoco lo que se muestra en las redes resulta tan real como pensamos. Siempre es una proyección, una imagen ideal de alguien, lo que quiere mostrar, muy lejana a la realidad.

Sé que no hay consuelo para los padres que pierden a un hijo y que estas desgracias seguirán ocurriendo. Sin embargo, debemos estar más alertas con los jóvenes. No basta con quitarles el celular para que puedan concentrarse en clases. Mucho más importante es mostrarles que más allá de las redes hay otros mundos, el real, donde estamos todos y otros miles de espacios y personajes ficticios como los que podemos encontrar en los libros. Mientras las redes sociales son un túnel que se va cerrando y haciendo cada vez más oscuro, los libros son un camino que nos conduce a una playa con un mar que se abre hasta el infinito.